

## **Sociología de la actividad física y el deporte (INEFC, Lleida)**

Profesor: Dr.Francisco Lagardera Otero

### **Tema III**

#### **LA CULTURA DEPORTIVA Y SUS EFECTOS SOCIALIZADORES**

*“Televisión y deporte, significativa y significado, dos innovaciones del siglo XX que estaban bendecidas para entenderse. El deporte es un producto de la segunda fase de la Revolución Industrial, el maquinismo productor de máquinas que generan unas rentas y el ocio para disfrutarlas en el desarrollo de actividades improductivas, sólo propias de un gentleman.*

*Como gran taller del mundo, Gran Bretaña inventa el deporte de competición, desde el pugilismo del marqués de Queensberry hasta el fútbol, de instantánea popularidad, pasando por el tenis y toda una variedad de plantas locales, como los cricket, badminton y demás que no se extienden, como los anteriores, hasta su práctica en el mundo entero.*

*La consagración del deporte como ocupación del ocio enriquecido lo da la recuperación de la idea de Olimpiada, que se reestrena en Atenas en 1896. Durante el siglo XX el deporte se ha convertido en el mayor espectáculo del mundo y la televisión ha sido su profeta. Y desde los años cincuenta, en particular, la práctica deportiva ha añadido una nueva dimensión al pensamiento de Clausewitz al transformarse en la continuación, a la vez, de la política y de la guerra por sus mismos medios. Así, las dos superpotencias competían hace unos años por las medallas como útil sustituto de los campos de batalla, y muy pronto, quizá, en un mundo que se encamina hacia el tercer milenio, veremos a la Unión Europea enfrentarse a próximos o antiguos colosos en la palestra del esfuerzo por la marca. Ortega habló de un sentimiento deportivo de la vida, hecho de elasticidad e ingenio, escepticismo y dedicación al límite de lo estrictamente innecesario. El siglo que viene se congregará aún más, si cabe, ante el televisor de la proeza deportiva”.*

**(Protagonistas del siglo XX. El País 2000, nº 32, 1999)**

## **Introducción**

Para millones de personas, en el tránsito entre los siglos XX y XXI, el fenómeno deportivo resulta un acontecimiento cotidiano en sus vidas. Cualquiera de sus manifestaciones, sea la práctica sistemática de alguna modalidad deportiva, la contemplación de algún espectáculo deportivo o la visión de símbolos y signos deportivos (indumentaria deportiva, banderas, escudos o iconos de las grandes estrellas) se hacen presentes en sus vidas diariamente.

Se puede o no ser un deportista, practicante de algún deporte, seguidor o no de alguno de los múltiples espectáculos deportivos, pero lo que difícilmente puede eludirse en la sociedad de hoy es la cohabitabilidad con este fenómeno.

Las programaciones de radio y televisión están repletas de acontecimientos deportivos; la gente utiliza masivamente la ropa deportiva como signo de distensión, libertad y ocio, aunque no participen de ningún acto deportivo; la mayoría de la población identifica la práctica deportiva como un comportamiento saludable, aunque las estadísticas desmientan categóricamente este aserto; la enseñanza de los deportes forma parte de los curriculums educativos, es por lo tanto una práctica social de alto prestigio, por lo que conviene divulgarlo y desarrollarlo, es decir, el deporte inunda con su presencia la vida social de tal modo que se ha convertido en un fenómeno dominante.

En la medida que esta situación se ha ido consolidando en la sociedad actual, podemos deducir que aquél pasatiempo perteneciente a la cultura burguesa, al modo de comportarse y de sentir la vida que tenían los gentlemen ingleses del XVIII y XIX, se ha difundido de tal modo que hoy constituye una expresión cultural dominante.

### **3.1. Cultura, sociedad y socialización.**

La especie humana ha evolucionado como grupo a lo largo de miles de años, de tal forma que resulta impensable la supervivencia de cualquier individuo fuera del grupo humano, y cuando así ha sucedido, caso de los niños de Minha Pore en la India o del niño de Aveyron en Francia, que aparecieron en estado salvaje a comienzos de siglo en torno a los diez años de edad, resultó prácticamente imposible adaptarlos con éxito a la vida en sociedad.

La vida humana depende en gran medida de la relación con los otros, de la interacción social que de forma continua preside nuestro existir. El grupo humano constituye en sí mismo un entorno que no sólo condiciona sino que configura lentamente nuestro modo de obrar, pensar y sentir; pero al constituir el ambiente natural en el que hemos nacido, crecido y vivido, no somos conscientes de la trascendencia que la vida grupal tiene en todas y cada una de nuestras acciones y decisiones, tanto sociales como vitales e íntimas.

Hablar, conducir un automóvil, vestirse de cierta manera, profesar una creencia religiosa o mantener determinadas costumbres gastronómicas son expresiones de la vida en grupo que, pese a la singularidad con la que cada cual las lleva a cabo, responden a determinadas pautas que son transmitidas por el grupo a cada uno de sus miembros. A estos modos genéricos de obrar, pensar y sentir se les denomina en ciencias sociales como *cultura*; una especie de atmósfera, en muchas ocasiones no visible, que conforma el ambiente habitual en que se desenvuelve nuestra vida. Se trata en definitiva, de un complejo conjunto de normas, leyes, creencias y costumbres que regulan la vida en grupo, puesto que hace posible que los hombres y mujeres se entiendan y relacionen, creando de este modo cadenas de interdependencia que se hacen explícitas en la vida

social, en *sociedad*.

Tanto la cultura como la sociedad remiten a una realidad esencialmente humana. Constituyen términos con los que tratamos de explicar nuestra controvertida existencia. Cada uno de nosotros ha recibido una importante herencia cultural. Se nos ha otorgado el nombre y los apellidos, el lenguaje a través del cual podemos comunicarnos, formas de pensar, creencias y códigos morales con los que discernimos lo que es correcto o no hacer, decir o sentir en cada momento. A lo largo de nuestra infancia incorporamos gran parte de las pautas culturales que guían nuestra existencia.

Se puede afirmar que hemos sido contruidos por la cultura, enculturizados o *endoculturizados* como dicen los antropólogos. Pero la sociedad es un ente complejo y dinámico, por ello se producen constantes procesos de reelaboración cultural, tanto formales, a través de las instituciones establecidas para ello (familia, escuela , iglesia...), como informales (amigos, viajes, experiencias personales...). Estos procesos de cambio cultural se transmiten también a las nuevas generaciones.

Cultura y sociedad son dos conceptos o construcciones teóricas que se han creado para tratar de comprender la realidad humana en toda su complejidad. Pueden considerarse como las dos caras de una misma moneda; se trata pues, de dos perspectivas de la misma realidad. La cultura hace referencia a las pautas generales que rigen los modos de vida, creencias, valores y esquemas de sentir y pensar, así como los símbolos y expresiones para representarlos y comunicarse, caso del lenguaje, mientras que con el término sociedad, se hace referencia genéricamente a los sistemas de relaciones existentes en el grupo humano y el modo en que las interacciones sociales están organizadas (estructura social).

Un médico, un profesor, un juez, un campesino, una ministra, una empleada de banca o una obrera de una fábrica, pueden formar parte de la misma sociedad, y por ello, tener asumidas como parte de su personalidad aspectos de la cultura que les es común, pero cada uno de ellos lleva a cabo diferentes funciones en la sociedad, en este caso desde la perspectiva laboral. Participando de la misma cultura se relacionan con diferentes tipos de personas, gozan de diferente prestigio social, difieren en sus estilos de vida.

A lo largo de la vida social las personas desempeñan diferentes funciones en el seno del grupo, son los roles sociales (de padre, de hijo, de profesor, de estudiante, de esposo, de representante político, de miembro de determinada sociedad...) que determinan en gran medida cómo y con quiénes nos relacionamos socialmente. Así mismo, nuestra trayectoria social (nivel de estudios, profesión, disponibilidad económica, respeto a las normas y leyes que rigen la vida social, grado de implicación en los problemas de la comunidad...), determinan que ante los demás gocemos de mayor o menor prestigio, credibilidad o consideración; nos referimos entonces al estatus social, es decir, a la imagen que proyectamos sobre los demás y que éstos aceptan en una u otra medida.

Cada ser humano se construye como persona a través de la cultura de una determinada sociedad, pero el dinamismo y grado de complejidad de la sociedad actual, permite a cada cual determinar, en mayor o menor medida, como van a ser las relaciones que mantenga en el seno del grupo humano al que pertenece.

Cuando los grupos humanos ostentaban una organización más simple los procesos de endoculturación, transmisión de las pautas culturales de unos miembros a otros, se realizaba de forma mimética y reiterativa. Se aprendía a hacer las cosas fundamentales

para la vida en el mismo lugar y del mismo modo a como luego, de mayores, deberían llevarlo a efecto. Era una forma contextualizada de aprender a desenvolverse en el seno del grupo.

La complejidad de la vida social moderna, derivada del desarrollo industrial y tecnológico, ha conducido a una multiplicidad de funciones sociales y a una gran velocidad en los cambios de las costumbres más cotidianas. Actualmente los padres siguen enculturizando a sus hijos, pero cada vez participan más agentes extraños a la familia en este proceso. Es más, se da la paradoja histórica de que ahora los hijos también enculturizan a los padres en el manejo de nuevos recursos tecnológicos (televisión, ordenadores, electrodomésticos diversos, comunicación digital...) así como con el uso de los nuevos lenguajes desarrollados paralelamente.

Para comprender mejor el proceso de adaptación de una persona a la dinámica de una determinada sociedad, se ha creado el concepto de *socialización*, mediante el cual no se entiende tan sólo la mera transmisión de las pautas culturales vigentes en un determinado grupo (enculturación), sino la interiorización singular que hace de ellas cada persona y que, llegando a formar parte de su personalidad, le capacitan para desenvolverse con eficiencia y soltura en el seno de la sociedad.

La socialización implica un proceso de ajuste constante a la dinámica social. Los niños aprenden a adaptarse socialmente, pues de ello depende la vivencia de experiencias satisfactorias o desagradables. Pero en la actualidad, la velocidad de los cambios sociales no permite ya un proceso de adaptación social acabado, muy al contrario, el proceso se prolonga a lo largo de la vida, y aunque se produzca de modo irregular, existen momentos y circunstancias que agudizan la intensidad del proceso socializador (adolescencia, acceso al mundo laboral, matrimonio, jubilación...).

Mediante la socialización cada una de las personas miembros de una sociedad desarrolla aptitudes para vivir adecuadamente en el seno del grupo humano al que pertenece, pues va aprendiendo a guiar su acción social de acuerdo a las normas, preceptos y costumbres que cohesionan y dan estabilidad a la estructura social, de este modo, la sociedad consigue retroalimentarse a si misma, reproduciendo y manteniendo el orden social establecido.

A través de este complejo proceso que se prolonga a lo largo de la vida, cada persona va construyendo su propia identidad, definiendo su posicionamiento dentro del grupo, sintiéndose parte constitutiva del mismo. Esto implica un proceso de regulación social de los impulsos y una identificación con las pautas sociales generalmente aceptadas, pues la adecuada socialización no depende tan sólo de una ajustada acción social, sino también de la capacidad de la sociedad para incentivar a cada persona en el correcto desempeño de los diferentes roles sociales, mostrando así actitudes de confianza en el sistema social.

### **3.2. Formación de la cultura deportiva**

En la medida que el deporte fue consolidándose en la sociedad como un modo de entretenimiento cada vez más cotidiano, fue extendiendo y haciendo popular determinados modos de comportamiento, expresiones, actitudes y hábitos, que han ido configurando con el tiempo una serie de valores que ahora mismo se encuentran fuertemente arraigados en el tejido social. Desde esta perspectiva se puede considerar que el deporte como fenómeno social ha ido tejiendo toda una trama cultural, en perfecta simbiosis con la cultura dominante en cada territorio, pero con suficientes rasgos propios que la identifican. Es por lo que se puede hablar sociológicamente de la existencia de una cultura deportiva.

La cultura deportiva consiste en un variado y complejo programa de comportamiento que responde a estructuras de significación socialmente establecidas, en virtud de las cuales la gente lleva a cabo determinados actos, responde a determinadas señales y en función de una determinada simbología mantiene expectativas de incertidumbre emocional respecto del desarrollo de los diferentes acontecimientos deportivos.

La cultura deportiva se hace patente a través de los actos deportivos, como practicar deporte, seguir con diverso grado de interés el desarrollo de la competición deportiva, visionar deporte en vivo o mediante la televisión o dispensarle al comportamiento deportivo un valor positivo socialmente. Pero estos comportamientos y actitudes van siempre impregnados de ideas, propósitos y valores que van afianzando su éxito social.

El deporte como fenómeno social ha creado sus propias instituciones, sus propias normas de comportamiento y su propio código moral, esté o no escrito, que han ido



nutriendo las diferentes expresiones populares de un alto contenido deportivo, que progresivamente le otorgan fuerza e identidad social. El deporte es el deporte, vivir deportivamente, vestir de *sport*, hacer gala de espíritu deportivo, comportarse deportivamente, son expresiones que remiten a una determinada escala de valores, a un universo cultural específico, pero al mismo tiempo, ampliamente difundido en la sociedad actual.

La constatación e interpretación de los rasgos que configuran lo que se puede denominar como cultura deportiva, puede ayudar a explicar la trayectoria que este fenómeno social ha seguido a lo largo de más de una centuria, y de este modo, poder atisbar las tendencias actuales que sigue este complejo y controvertido entretenimiento contemporáneo.

La naturaleza social del deporte remite a su ubicación en la vida de las personas como una parte sustancial de su realidad. El deporte se experimenta, se visiona, se vive o se siente como algo propio, de ahí que constituya una parte de la vida cotidiana de millones de personas. En este sentido, esta costumbre tan extendida por todo el mundo a finales del siglo XX, puede entenderse como una cultura característica de la contemporaneidad que puede ser perfectamente identificada (Dumazedier, 1997), pero al mismo tiempo, convive en perfecta armonía con la cultura moderna e industrial hegemónica actualmente, pues ambas tienen sus orígenes en el complejo proceso cultural, económico, social y político que durante el siglo XVIII dió origen a los tiempos modernos.

Los primeros balbuceos del deporte contemporáneo en el siglo XIX, muestran que ya desde sus inicios se configuraba el sistema deportivo (primeros clubes, competiciones y federaciones) ante el interés o necesidad que tenía un determinado y restringido grupo social de ocupar su tiempo libre mediante un entretenimiento consistente en una

competición que fuese estimulante y divertida, pero cuyo grado de violencia estuviera bajo estricto control, muy diferente pues a las violentísimas competiciones de la sociedad agraria del medioevo europeo.

La práctica deportiva formaba parte también de un determinado estilo de vida, es decir, de un modo de sentir, pensar y vivir que se denominó modernidad. La pujante burguesía anglosajona, dada la hegemonía económica, social y política que ostentaba desde el siglo XVIII, logró imponer a toda la sociedad inglesa su concepción del mundo y de la vida. No es de extrañar que la práctica deportiva fuese asociada en sus comienzos a los jóvenes burgueses, ingleses en principio, pero europeos o americanos poco más tarde.

Este espíritu burgués estuvo claramente vinculado al deporte en su primera etapa como lo muestra claramente la moral del *fair-play*, el juego limpio, como un ideal y no una norma escrita, propia de los *gentlemen*. El barón de Coubertin lo reconocía así en su discurso previo a la tercera olimpiada celebrada en Londres en 1908: “*La idea olímpica es a nuestros ojos la concepción de una avanzada cultura muscular, apoyada, por un lado, en el espíritu caballeresco que ustedes tan graciosamente llaman el fair play, y por otro, en la noción estética, en el culto a lo que es bello y agraciado*” (De Coubertin, 1973:37-38).

Mientras la práctica deportiva se circunscribió a una minoría selecta, el *fair play* siguió siendo un ideal de clara distinción social, como lo fue así mismo, el espíritu amateur, que significaba prepararse duramente para competir por amor al deporte, como afán puro de superación, sin ningún tipo de contraprestación económica. El *amateurismo* llegó a formar parte de una norma escrita en los ideales olímpicos, hoy suprimida después de grandes controversias y discusiones. Pero en la medida que esta

práctica fue extendiéndose y democratizándose, estos valores elitistas, entraron en franca contradicción con los hechos cotidianos que jalonaban la realidad deportiva.

En las primeras décadas del siglo XX, la práctica deportiva se había consolidado institucionalmente (competiciones y federaciones) en toda Europa y en la práctica totalidad del continente americano, y en la medida en que la idea de progreso se convertía en un ideal para grandes masas de población, se aspiraba a que los modos de vida burgueses se hicieran extensivos a toda la sociedad.

Lejos, pues, de significar una moda pasajera, el deporte se adentraba en el tejido social conformando actitudes, hábitos y una determinada moralidad que ha acercado a grandes masas de población a los ideales que otrora fueron de la burguesía, pero que en estricto sentido hoy podemos afirmar que son populares, al menos en los países más desarrollados.

### 3.3. Valores de la cultura deportiva

Sin tratar de exponer un exhaustivo análisis axiológico de la conducta deportiva, más propio de la ética, si que cabe considerar como sociológicamente importante detectar algunos indicadores que revelen la asociación de ciertos valores al acto deportivo. ¿Cuáles son estos valores que se han instalado cómoda y masivamente en la sociedad contemporánea?

La *competencia* aparece como el primer gran valor detectable en el deporte, tanto desde un punto de vista histórico como de la realidad de la vida cotidiana actual. El acto deportivo consiste en un enfrentamiento entre contendientes individuales o colectivos, estando encaminada toda la preparación de los deportistas hacia ese momento. De modo práctico, aunque no se trate de una competición oficial, una pachanga entre amigos o un partido en la hora del recreo escolar, adquiere un formato competitivo, aunque no ostente carácter de competición oficial. La competitividad impregna todo actuar deportivo, puesto que incluso cuando se ejercita uno individualmente, siempre existen referencias de tiempo, cantidad de esfuerzo o de distancias para compararse y controlar los progresos o retrocesos.

Este carácter eminentemente agonístico de la ejercitación deportiva también ostenta una dimensión histórica. Ya durante sus primeros balbuceos durante el siglo XVIII se instauró la noción de récord, con el fin de disponer de un registro sistemático de los triunfos de equipos y deportistas en las diferentes modalidades, y poco después, se establecieron diferentes tipos de categorías de competición, creándose para ello instituciones específicamente deportivas para organizarlas y velar por su adecuado desarrollo (las diversas federaciones deportivas). La importancia de este último hecho radica en que en el ámbito de las federaciones, se considera que una determinada práctica

física está deportivizada cuando ha formalizado modos de competición avalados por una federación, caso de las modalidades más recientes como el wind-surf, el aeróbic o el parapente.

La práctica deportiva se revistió desde sus orígenes como una *ejercitación saludable*, como un signo de salud. Los primeros esfuerzos españoles encaminados a incorporar la práctica deportiva en la población escolar, como así lo atestiguan las diferentes intervenciones en el Parlamento español durante el periodo de la Restauración borbónica (Lagardera, 1992), tuvieron a la salud como reclamo y estandarte de la fuerza y la energía de un pueblo, que no podría recuperar su pulso histórico hasta que la práctica deportiva se instalase como costumbre en la mayoría de la población.

En el último estudio efectuado por M.García Ferrando (2002) el 61% de la población española sigue otorgando al deporte un significado estrechamente asociado a una práctica saludable. Estar en forma y mantener la salud es, después de más de un siglo, un valor íntimamente asociado a la práctica deportiva.

La idea de *progreso* también aparece estrechamente asociada a la práctica deportiva. Surge como un espíritu de superación constante al que no se le vislumbra límite, y es en los ambientes pedagógicos cercanos al deporte uno de sus valores más apreciados, pues este estímulo para la superación constante por parte de los deportistas, es considerado como un ideal sumamente positivo para la formación de las personas, de ahí que algunos estudiosos deduzcan la importancia del deporte como agente socializador.

La superación constante, el mantenimiento de la salud o la obtención del éxito en la competencia deportiva viene siempre acompañada por el *trabajo* sistemático. Un abnegado y constante sacrificio es la clave para la consecución de cualquier objetivo deportivo. Aunque un deportista goce de condiciones físicas y psicológicas naturales superdotadas

para la competición, el éxito deportivo estará en peligro si no va acompañado de un entrenamiento constante, ordenado y sistemático (Callede, J.P. 1987).

La moral ascética del trabajo glosada por puritanos, calvinistas, metodistas y cuáqueros (M.Weber, 1985) encontró en el constante esfuerzo deportivo un eficaz aliado para difundirla entre grandes masas de población. Pero ahora el nivel avanzado de las sociedades industriales más desarrolladas, hace cada vez menos necesaria la dureza de un trabajo manual, exigente de fortaleza y energía. Máquinas y tecnología cada vez más sofisticadas van decantando de forma mayoritaria el mercado laboral hacia el sector de los servicios. Pero aunque en estos momentos, para una significativa parte de la población que practica deporte, la estética corporal se sobrepone al interés por la fuerza o el afán competitivo (Lipovetsky, G. 1986), el trabajo como valor sigue asociado a la práctica, ya que es necesario un sacrificado esfuerzo para mantener una imagen corporal sana, esbelta y dinámica.

Toda competición deportiva viene presidida por el valor de la *igualdad*, de este modo las organizaciones deportivas tratan siempre de organizar enfrentamientos entre contendientes cuyo número y nivel de competencia sea similar, de acuerdo a unos baremos mínimos homologables. Para hacer efectiva esta igualdad, el sistema deportivo con sus federaciones al frente, establece un gran número de categorías, clasificaciones y jerarquías donde se agrupan los deportistas para competir entre sí. Este valor asimilado y hecho explícito en todos los reglamentos deportivos, asegura así mismo, un elevado nivel de expectación ante el evento deportivo, ya que la competición disputada con equilibrio aumenta el interés por el espectáculo entre la población y excita las emociones y pasiones de los espectadores.

El deporte crea sus propios estatutos, sus propias leyes para regular los límites tolerables de los diversos grados de violencia permitidos en los enfrentamientos. Estas reglamentaciones tienen su propia lógica interna (Parlebas, P., 1988) y son por ello valedoras de un sólido y convincente espíritu de *justicia*. La legitimidad de esta coherencia hay que buscarla en la sociogénesis de la figuración deportiva (Elias, N., 1987), es decir, en la misma práctica como fenómeno social.

Por último, el deporte decanta como pocas actividades humanas la *moral de triunfo*, el afán de vencer, la consecución de la *victoria*, cualquiera que sea el ámbito y nivel en donde se compita. Las reglas establecen con gran detalle cómo vencer al adversario en el enfrentamiento, cómo conseguir goles, puntos, tocados o ensayos (Robles, G., 1984). Cualquier aproximación al triunfo pero que no lo logre, por meritoria que parezca, carece al final de significación. Los triunfos morales no son reconocidos ni registrados, pues lo que cuenta es marcar más goles que el adversario, efectuar un recorrido golfístico con menor número de golpes o pisar la línea de meta en primer lugar.

No existe ningún deportista que compita para perder o se sienta derrotado de antemano, incluso estas actitudes están penalizadas por los organismos deportivos, pero por lo general son otras instancias (club, entrenador, compañeros...) las que detectan previamente tan lamentable actitud y falta de espíritu combativo.

El éxito deportivo ostenta muy diversos grados y niveles, ajustados en todo momento a las características e intereses de los competidores. Para ciertos atletas tan sólo ganar una determinada prueba puede entenderse como éxito, pero para otros participantes en la misma prueba, llegar entre los veinte primeros supone ya un grandísimo éxito, incluso para otros puede suponerlo el sólo hecho de ser capaces de lograr finalizarla.

Aunque todo análisis cultural resulta en estricto sentido incompleto, después de la

exposición efectuada puede afirmarse que los valores deportivos explicitados en la aceptación de la *competencia* como norma de convivencia, en la manifestación de un ansía de *progreso* y de mejora sin límite aparente, en la necesidad de legislar las relaciones sociales sometiendo sus infracciones a la acción de la *justicia*, en que tan sólo con la constancia del *trabajo* continuado es posible alcanzar el éxito o la *victoria*, la cual se persigue como fuente inagotable de satisfacción y proyección personal y social, en la aceptación de que todos somos *iguales* ante la ley, muy dignos por tanto de ser considerados como deportistas o ciudadanos, y la conciencia de que a través de la ejercitación sistemática que exige el deporte se mantiene o mejora la *salud*, representan el eje moral tradicional sobre el que se asienta la cultura deportiva con todo su cortejo de símbolos, rituales, signos y mitologías.

En la medida que estos valores han reforzado las tendencias mayoritarias de la sociedad o de los grupos de personas más influyentes en su dinámica y evolución, han sido puestos en circulación, auspiciados y protegidos, incluso por los propios Estados. Y al extenderse el sistema deportivo a lo largo del siglo XX, la cultura deportiva se ha difundido por todo el planeta, y con ello su código moral, convirtiéndose de este modo en una expresión característica de la civilización occidental contemporánea.



### **3.4. Emociones e identidad simbólica en la cultura deportiva**

Como se ha visto hasta aquí, el acto deportivo por excelencia es el enfrentamiento agonal, la competición perfectamente estructurada mediante un sistema de reglas, que requiere de un desenlace desigual en el que para que haya un triunfador es imprescindible la existencia de un perdedor.

Esta característica del acto deportivo exige de inmediato la implicación afectiva no sólo de los propios contendientes, sino de toda la gran masa de espectadores o seguidores del evento deportivo. Se desencadena entonces una tensión emocional que expresa el miedo a perder o la ilusionante expectativa del triunfo, que puede tener muy diferentes registros según las características de los seguidores afectados, pero que siempre lleva aparejada la participación emocional de todos, deportistas y seguidores (Lagardera,F. 1999). De no producirse esta implicación emocional la competición deportiva pierde rápidamente interés.

La competición deportiva no admite la asepsia o la imparcialidad, si alguien se siente realmente atraído por este acontecimiento. De forma casi inmediata se produce una adscripción hacia uno u otro bando contendiente, que ostenta muy diferentes grados e intensidades tanto en su sentir como en sus manifestaciones. El más mínimo e insignificante detalle consigue del espectador que se decante por uno u otro de los deportistas enfrentados: el color de la piel, la vestimenta, la edad o el considerado a priori más débil; pero lo habitual es que la identificación se produzca por vía de asociación en relación a otros sentimientos firmemente arraigados, como son los de nacionalidad, localidad, comarca o vecindad.

A través del acto deportivo se pone en marcha un proceso comunicativo mediante el cual se transfiere identidad (Lagardera,F.,1990). Una vez se produce la identificación entre espectador-seguidor y deportista o grupo de deportistas, el primero puede vivir con intensidad la incertidumbre que engendra el resultado deportivo. Con frecuencia se dice: “*hemos ganado...*” o “*nos han robado el partido...*”, expresando en primera persona la desolación de la derrota o la alegría desbordada por la victoria. Los ciclistas, tenistas o futbolistas no compiten solos, sino que tienen tras de sí toda una gran masa de seguidores que viven como propios sus éxitos o sus fracasos.

No han sido los intereses de ciudadanía, nacionalidad, credo o grupo los que han convertido el acto deportivo en un símbolo, como pudiera parecer en una primera impresión. La competición deportiva es en sí misma un significante y un significado, pues su carácter de contienda civilizada permite comparar grupos, establecer rivalidades y validar jerarquías, lo que provoca que su significado se engrose con contenidos no estrictamente deportivos: la raza o el ímpetu, la superioridad de unas regiones sobre otras o la expresión de sentimientos xenófobos. La bufanda del Real Madrid hace la función de significante al ser mostrada con orgullo por una victoria, pero ésta que en estricto sentido es su significación, puede cargarse con otros contenidos significativos.

Todo deportista sabe, cualquiera que sea su especialidad, que para una competición se requiere de una elevada tensión emocional que se manifiesta en agresividad y ahínco por vencer. La ausencia de este espíritu combativo implica mostrar una actitud mal dispuesta para la competición lo que provoca en todas las ocasiones una actuación poco exitosa. Los entrenadores conocen sobradamente que las situaciones anímicas de sus atletas resultan decisivas para alcanzar un buen rendimiento deportivo.

En los deportes con estructura de duelo (dos personas o dos grupos enfrentados) la agresividad se patentiza en cada uno de las acciones de juego, bien sea un placaje, un chut a portería, un golpe en el rostro o un fuerte raquetazo. Este espíritu agresivo y competidor, aunque sometido al control de las reglas, tiene su premio en forma de éxito deportivo y reconocimiento social, incluso conduce a muchos deportistas a la categoría de mitos, pues se convierten en héroes para grandes masas de seguidores.

La expectación por parte de los aficionados a la competición deportiva también genera buenas dosis de tensión emocional. El seguidor anhela, desea o le ilusiona que su deportista o equipo deportivo consiga el éxito en la competición. El efecto mimesis le hace participar activamente de los avatares del lance. La flexibilidad de la aspiración de éxito resulta tan adaptable a las ilusiones y expectativas personales y colectivas que casi siempre existe un buen margen para albergar la esperanza de éxito: al menos empatar en vez de perder cuando se va perdiendo, evitar el descenso de categoría en vez de aspirar al campeonato, conseguir al menos la medalla de bronce en vez de la de oro, etc. Tan sólo la claridad, rapidez y estrépito de una derrota o el final de un partido, baja la tensión emocional, aunque no siempre, a los umbrales en donde la razón pueda de nuevo gobernar el timón de la conducta.

La lógica del deporte moviliza al organismo para que exista una total entrega a una lucha cuya implicación física entraña la activación generosa de todo el sistema muscular, esto genera altas dosis de adrenalina en la sangre y una inmediata regulación a la baja en el control y gestión de las emociones. La intermediación social del acto deportivo se hace evidente mediante la adscripción de identidad por parte del seguidor deportivo o merced al efecto mimesis, en cualquier caso los aficionados al deporte también sufren, aunque en otra dimensión por la ausencia directa de implicación física, un aumento considerable del nivel de adrenalina en la sangre. A esto se debe añadir una cierta permisividad social que

entiende y tolera ciertas expresiones de emotividad descontrolada en el ámbito deportivo y que son severamente castigadas en otras circunstancias de la vida social.

**Figura 3.2. El péndulo de las emociones en el deporte.**

Así pues, toda competición deportiva genera en deportistas y espectadores una elevada excitabilidad nerviosa provocada por la incertidumbre del resultado, debido a que se albergan intensos deseos de victoria o al menos la esperanza de no perder o de tener una actuación digna. Esta inicial tensión emocional resulta imprescindible para que los deportistas implicados obtengan un buen rendimiento de sus cualidades, pues predispone su organismo para llevar a cabo de forma inmediata descargas agresivas. Este espíritu combativo generado por la tensión emocional también se traslada a los espectadores. El teatro deportivo resulta una representación simbólica que permite y predispone a la expresión emocional en una escala muy superior al resto de la vida cotidiana.

El miedo a la derrota o la expectativa cercana de la victoria marcan el germen de la tensión emocional acumulada, pero también jalonan una especie de péndulo en cuyo recorrido se manifiestan diversas expresiones emocionales. A un lado del péndulo se descarga la tensión en forma de alegría por el triunfo, orgullo, satisfacción y entusiasmo desbordante por el reconocimiento de los demás, al otro lado se encuentra la tristeza por la pérdida de un deseo intensamente albergado, el abatimiento e incluso la desesperación. Entre ambos, el miedo a la derrota o la expectativa de victoria, mantienen y aceleran la tensión emocional.

El deporte indudablemente, representa un sofisticado y refinado acto civilizado, ya que aunque la lógica del enfrentamiento induce a los deportistas hacia la adopción de actitudes agresivas, éstas deben acomodarse estrictamente a los mandamientos del sistema de reglas, así como a un riguroso control de las expresiones emocionales, a pesar de que la tensión provocada por la competición baje sensiblemente el umbral de control emocional y acerque o entregue a la parte más rudimentaria del cerebro su gestión.

### 3.5. El deporte como cultura icónica

La actividad deportiva resulta eminentemente plástica y pública, pues remite tanto desde el punto de vista del actor (el deportista) como del espectador, a un universo constante de imágenes cinéticas.

En uno de sus últimos escritos J.M.Cagigal manifestaba que este carácter expresivo del deporte suponía una hipoteca para el hombre contemporáneo ya que *“siendo deficitario en su necesidad de movimiento, está más ávido que nunca de aliciente cinético, aunque sea en su calidad sucedánea de simple información visual”* (1982: 296), aunque en este caso, se interpretaba este hecho cultural como un síntoma de una deficiente calidad de vida en la sociedad contemporánea y no como un efecto de un complejo proceso de transformación social, que tiene en la imagen y en lenguajes icónicos la expresión cultural vanguardista del comienzo de un nuevo milenio.

Es en este sentido, especialmente comunicativo, que el deporte se ha comportado y sigue comportándose como un fenómeno especialmente bien adaptado a esta nueva dinámica social, puesto que la proliferación de deporte televisado no deja de aumentar en las programaciones habituales de todas las cadenas. Podría afirmarse que medio televisivo y contenido deportivo están hechos el uno para el otro.

Las imágenes deportivas remiten a un mundo fantástico, de ensoñación, en donde las proezas, los mitos e incluso la estética se combinan junto a las emociones y sentimientos más primitivos y espontáneos, creando un mundo cargado de esperanzas y fantasías en donde con solo el dominio de la voluntad se puede entrar o salir. En este sentido, G.Vigarello considera que las imágenes deportivas no necesitan ser visionadas para ser vividas o revividas con la misma emoción e inquietud que el espectáculo en

directo: “*los veleros de grandes carreras han abierto una nueva versión del espectáculo deportivo, la de un dispositivo totalmente abstracto. Posiciones geográficas invisibles pero comunicadas hora tras hora. Evocaciones puntuales, pero que no designan más que distancia y tiempo. Una gran aventura explicada con datos geométricos. Es el impacto de la imaginación quien hace aquí la fuerza de tal retransmisión*” (1988:58-59).

Pero la recreación de las acciones deportivas en el imaginario del adicto seguidor ha sido un proceso comunicativo siempre presente, quizás ahora más intenso y sofisticado al que alude Vigarello, como por ejemplo, contemplar el desarrollo de una etapa de la vuelta ciclista a España o el tour de Francia *in situ*. Con frecuencia se trata de un costoso viaje o de una larga espera para contemplar durante unos fugaces instantes el paso de los ciclistas. Pero las emisoras de radio narran constantemente los sucesos de la carrera mientras el espectador ha regresado a su vehículo para seguir desde allí los avatares de la competición, recreándose con las imágenes descritas por el locutor, quién con una especialísima jerga remite al oyente a un imaginario por el que seguir la emoción del momento: *esprintar, demarrar, hacer la goma, entregar la cuchara, coger una pájara, chupar rueda, golpe de riñón, multiplicación, abanico, meter la tuerca...*

Lo mismo ocurre con los partidos de fútbol o los de baloncesto. El seguidor no necesita estar presente en vivo para contemplar con todo lujo de detalles el gol conseguido por su delantero favorito, el prodigioso mate de un pivot o la frustración de un lanzamiento fallido. La cultura deportiva le remite constantemente a imágenes de un modo automático e inconsciente, las cuales pueden programarse y reprogramarse a entera libertad para ser recreadas ante los amigos o los compañeros de trabajo, siendo la capacidad imaginativa y expresiva de cada seguidor la que ilustra, con mayor o menor

énfasis, ese rico arsenal de momentos deportivos depositados en la memoria.

No se trata exclusivamente de que la plasticidad de las imágenes deportivas se adapten como un guante al nuevo lenguaje audiovisual, pues aún siendo así ahora, existe constatación empírica de que tal circunstancia ya se daba hace cien años a través de los medios de prensa escritos y los boletines de los diferentes clubes y federaciones (Lagardera, 1990; Pujadas y Santacana, 1995), tal y como ahora ocurre con los periódicos. Pero en la actualidad los grandes medios de comunicación de masas, especialmente los audiovisuales gracias a los avances tecnológicos, han abierto el consumo de imágenes deportivas a un mercado compuesto por cientos y miles de millones de personas, lo que implica una sustancial diferencia por la dimensión de su impacto social.

La elaboración progresiva de un código propio basado en imágenes provoca que la comunicación sea fluida, accesible, directa, inmediata y pueda así superar barreras idiomáticas, raciales y políticas. Una novela, un cuento o una obra de teatro también remiten a imágenes, pero éstas se reconstruyen según una original interpretación de cada receptor, mientras las imágenes deportivas remiten a un universo homogéneo y estandarizado, común para todos sus seguidores, cualquiera que sea su origen y condición. Un gol, un ensayo, una canasta, un esprint, una habilidosa jugada..., constituyen imágenes que remiten a acciones deportivas claramente inteligibles en un imaginario colectivo que se rige por los mismos estatutos en todos los rincones del planeta.



### 3.6. Simbología y ritualidad en la cultura deportiva

Si las imágenes deportivas constituyen un magma de signos y significaciones perfectamente aprehensibles por millones de personas, se debe, sin duda alguna, a que éstas están perfectamente articuladas a partir de un código único para todos los deportistas del mundo, y son precisamente instituciones sociales creadas especialmente para ello, las federaciones internacionales, las encargadas de salvaguardar este carácter universalista.

El hecho de que existan diferentes interpretaciones del acto deportivo, no implica que no se utilice la misma partitura, es decir, un reglamento único. Correr los cien metros lisos, jugar un partido de fútbol o batir una plusmarca en natación se registra en idénticas condiciones en Argentina, Alemania o Malasia. En este sentido, J.P.Callède (1987:146).afirma que: *“la internacionalización del deporte es uno de sus rasgos más significativos. A escala mundial, el deporte se impone como una institución que trasciende los particularismos políticos, culturales y raciales. Las grandes manifestaciones deportivas son retransmitidas por la televisión del mundo entero y su resonancia emocional encuentra un eco nunca igualado. La mayor parte de las disciplinas deportivas (atletismo, fútbol, boxeo, natación...) poseen un lenguaje y una significación que son globalmente, y de forma inmediata, accesibles a todos. Esta comprensión, repartida por todos los espectadores, más allá de las apuestas que se juegan entre países, tiende a constituir el universo deportivo como una vasta comunidad”*

El lenguaje deportivo ostenta estructuras metacomunicativas mediante las cuales un abigarrado universo de símbolos: banderas, emblemas, gestos, himnos, cánticos o sonidos, se muestran y expresan cuando las acciones deportivas funcionan como signos,

es decir, acciones de juego cargadas de significación, praxemas según Parlebas (1981: 169 y ss.). Así, una falta, un gol o una aceleración del atleta favorito, son interpretados colectivamente de forma automática, pues se asocian y remiten inmediatamente a sentimientos y emociones colectivamente compartidas.

No hay más que asistir a un gran acontecimiento deportivo o visionarlo por televisión en un país extranjero y en un lugar público, para comprobar la comunicación que se establece entre todos los espectadores procedentes de muy diversas nacionalidades para entenderse de manera fluida a través de los signos y símbolos deportivos. Esta facilidad comunicativa de carácter transcultural que puede identificarse claramente, sienta las bases de una cultura que se adapta e incluso sobrepone a las culturas autóctonas propias de diferentes territorios y contextos sociales. Es en este sentido que se puede considerar al deporte como poseedor de rasgos culturales propios y específicos, con un gran poder de aculturación, pues tiende, allí donde se instala fuertemente, a deportivizar las competiciones, juegos y ejercitaciones físicas existentes antes de su llegada.

Pero signos, símbolos y artefactos deportivos no se dan exclusivamente en un espacio y un tiempo deportivo, sino que se expanden y divulgan por todo el tejido social en espacios y tiempos en donde discurre la vida cotidiana (Dumazedier, 1997). Se viste deportivamente con ropa cómoda y ligera, se usa el chandal o las zapatillas los fines de semana aunque no se practique ninguna modalidad deportiva, los niños y jóvenes visten las camisetas de sus ídolos deportivos, las marcas de ropa deportiva utilizan su nombre comercial como reclamo de venta, se alude al respeto a las normas como gesto deportivo o a la entrega generosa y gratuita al esfuerzo como rasgo de buena conducta deportiva, se usan metáforas y alusiones a acciones deportivas para explicar hechos sociales de carácter político o económico porque se sabe de su facilidad de comprensión

con esta asociación, y se utilizan gestos, saludos y emblemas generados en el ámbito deportivo para aplicarse en ámbitos no estrictamente deportivos. Bicicletas, balones, raquetas o gorras con escudos y colores emblemáticos se acomodan en prácticamente todos los hogares, y no siempre se utilizan en espacios y tiempos deportivos, pero su sola presencia remite de inmediato a la figuración deportiva.

Toda esta cohorte de signos y símbolos deportivos que inundan cotidianamente la vida social remiten a una moralidad que se hace explícita en momentos puntuales, un triunfo o una derrota, una aparente injusticia o la apelación al carácter positivo de la conducta deportiva, pero que generalmente funcionan como códigos ocultos, pues lo que puede observarse son las acciones pero no los valores al que ellas remiten (Pociello, 1995).

### **3.7. Aparición de nuevos usos y valores en la cultura deportiva**

La vida social es el resultado de un proceso vivo y en permanente cambio, lo que origina la producción casi constante de desajustes y desequilibrios en las acciones sociales. Se modifican hábitos y actitudes, unos intereses sustituyen a otros, cambian las expectativas y motivaciones, por ello también se modifican las significaciones que las personas otorgan tanto a sus propias acciones como a las de los demás. En este sentido, la cultura deportiva se ha ido transformando a lo largo de siglo y medio de existencia, y en estos mismos momentos se dan indicadores sociales que detectan modificaciones en el catálogo de valores que en estas páginas se han descrito.

Cuando la práctica deportiva fue importada desde el Reino Unido al resto del continente europeo, mantenía una clara y distinguida aureola de civilización. Se trataba de un pasatiempo refinado y civilizado, muy propio de caballeros ingleses adecuadamente educados. Sin embargo, aunque en estricto sentido histórico el deporte ha jugado un importante papel civilizador de las costumbres populares, según ha mostrado excelentemente N.Elias, desde la década de los setenta se ha ido desarrollando una corriente de pensamiento social, minoritaria en un principio pero cada vez más extendida, que cuestiona en la actualidad el carácter civilizado del deporte o cuanto menos algunas de sus modalidades. Aunque en este punto, conviene distinguir entre las manifestaciones deportivas de máximo nivel competitivo, que nutre al gran espectáculo de masas, y la práctica deportiva habitual de millones de personas, muchas de las cuales realizan su ejercitación física sin ningún afán competitivo.

La práctica deportiva también fue durante mucho tiempo un claro signo de distinción social, incluso digna de un gran honor, sobre todo al poder representar con orgullo a una determinada entidad o club deportivo (Callede, 1987). Pero actualmente,

aunque algunas prácticas siguen manteniendo un claro signo de distinción social como puedan ser el polo, golf, hípica o náutica, ya no se produce esta asociación por la práctica en sí misma, sino por el modo de realizarla, como pueda ser la pertenencia a un determinado club, la posesión o usufructo de los medios para efectuarla (barco, caballo, campo público o privado, etc) o mostrar un determinado nivel de destreza.

La práctica deportiva se ha extendido y popularizado de tal modo, al menos en las sociedades más desarrolladas económicamente, que actualmente son muy pocas las personas que tienen cerrado su acceso a las mismas por mor de su situación social, ya que las administraciones públicas por un lado y la proliferación de empresas de servicios deportivos de todo tipo por otro, han eliminado en gran medida esta distinción de clase, aunque existan reductos elitistas poco accesibles, pero con una clara tendencia a ser minoritarios.

Generosidad y solidaridad han sido también valores históricamente asociados a la práctica deportiva. La gran cantidad de voluntarios que tradicionalmente han colaborado con las asociaciones deportivas, incluso detentando cargos de gestión importantes en un club y colaborando en la organización de multitud de competiciones, ha sido una clara muestra de generosidad en el deporte, no obstante, en los últimos años el voluntariado deportivo está en clara regresión (Heinemann, K., 1999).

Así mismo, las desmesuradas cantidades económicas que perciben las grandes estrellas deportivas, están poniendo en cuestión los mismos lazos solidarios que pretendidamente se encontraban en las modalidades deportivas por equipos. La solidaridad efectiva en el deporte ha quedado relegada a ciertos eventos y actos puntuales, como cuando se efectúan campañas de solidaridad dirigidas a poblaciones afectadas por alguna catástrofe natural o como captación de ayuda para algún sector

marginal de la sociedad, como los partidos contra la droga o contra el racismo.

Incluso la competición, expresión formal del acto deportivo por excelencia, está siendo cuestionada en los últimos tiempos por amplios sectores de la población, aunque se trata de un fenómeno reciente y que aparece cargado de grandes contradicciones y dudas. Así, en la encuesta realizada en España en 1995 (M. García Ferrando, 1997), el 63% de las personas que se declaran practicantes, llevaban a cabo su ejercitación sin preocuparse por competir, aunque se consideraban deportistas, esta cifra ha aumentado en la encuesta del año 2000 (García Ferrando, 2001) pasando a ser del 66%. Pero en el caso de las mujeres este porcentaje se elevaba en 1995 hasta el 82%, mientras que solo representaba el 50% de los hombres; en el año 2000 ha descendido el porcentaje de mujeres, el 80%, pero ha aumentado significativamente el porcentaje de hombres que dicen no competir.

Los datos muestran que en este momento existe un elevado número de personas que dicen practicar deporte sin competir, precisamente cuando el deporte de máximo nivel está alcanzando unas cotas de competitividad, profesionalismo, espectáculo y expectación social desconocidos hasta ahora en toda su historia. Un cambio significativo en las motivaciones de la práctica deportiva que iniciaron las mujeres y al que ahora se suman también los hombres.

¿Se está produciendo una crisis de la competitividad en el deporte? Y si fuera así, ¿cómo se explica que los índices de audiencia de los grandes eventos deportivos batan registros una y otra vez de modo constante? Lo que parece evidente, a la luz de los datos de que disponemos (García Ferrando, 1997, 2001), es que a nivel de práctica social se está produciendo una importante fractura, que divide y distancia sociológicamente a aquellas personas que se ejercitan sistemáticamente como práctica saludable, para

mantenimiento de su buena forma física o como diversión, y aquellas otras que se preparan con el afán de competir y de progresar en su carrera deportiva, que se mueven por tanto en el sector federado del sistema deportivo. ¿Se está dando un cambio sustancial en algunos de los valores que sustenta la cultura deportiva?.

En las últimas dos décadas se han producido varios fenómenos sociales de indudable trascendencia: por una parte el imparable protagonismo social de la mujer, lo que les permite gestionar su tiempo con mayor autonomía e independencia; por otra el progresivo envejecimiento de la población en los países desarrollados, cada vez hay más ancianos y con mejor salud, lo que está posibilitando el acceso masivo de esta población al consumo de servicios turísticos y de ejercicio físico. Y por último, la progresiva concienciación de los límites al desarrollismo económico, pues existe cada día una mayor conciencia social de la necesidad de conservar y defender los pocos espacios naturales que aún quedan en nuestro planeta, o cuanto menos a que el impacto sobre ellos esté controlado. Estos tres fenómenos se han dejado sentir sensiblemente en las transformaciones del sistema deportivo y por tanto, han estimulado su apertura hacia otros modos de hacer y concebir la práctica deportiva, como se verá detenidamente en el capítulo siguiente.

La irrupción masiva de población hacia el medio natural como turismo o para practicar novedosas modalidades deportivas ya es un hecho empírico constatable. El afán de aventura por descubrir nuevos territorios o la apetencia de situaciones con riesgo o vértigo calculado jalonan las motivaciones de los nuevos practicantes en la naturaleza (Olivera, J.,1995).

Por otro lado, la autocomplacencia y satisfacción personal representan la meta de muchas ancianas (en este segmento de población resulta espectacular la dominancia del género femenino) que asisten a las clases de gimnasia de mantenimiento o a las salas de yoga, microgimnasia o tai-chi.

Y por lo que se refiere al nuevo papel social de la mujer, la diversión, la estética corporal o las relaciones sociales están en la base de las motivaciones de muchas mujeres que asisten a los gimnasios de aeróbic o danza-jazz (Buñuel, A., 1992).

De este modo, la *aventura*, la *autocomplacencia* y la *estética corporal* comienzan a conformarse como nuevos y actuales valores asociados a la práctica deportiva, pues aunque en sentido formal y estructural no se trata de competiciones, la gente sigue denominando a estas ejercitaciones como deportivas. Esta aparente contradicción no es tal, puesto que la cultura deportiva se encuentra tan incrustada entre el tejido social que provoca que todo tipo de ejercitación física, sea o no competitiva, siga denominándose mayoritariamente en la sociedad actual como deporte.

Y es que la cultura deportiva está hoy tan firmemente arraigada en la sociedad que cualquier tipo de ejercitación física, incluso aquellas de apariencia y carácter más informal, como el caso ejemplar de los paseos por el campo, parques y caminos, es considerada por amplias masas de población como un acto deportivo más.



### **3.8. Ideología, mentalidad y civilización deportiva**

Para ser un deportista, para sentir las emociones que hacen vibrar a todo ser humano al contemplar un evento deportivo o para ejercitarse ocasionalmente con su práctica, no hace falta saber leer ni escribir, acumular cualquier tipo de complejo conocimiento o esperar largos años hasta alcanzar la experiencia debida. Muy al contrario, ya que sentirse partícipe del acto deportivo a través de sus múltiples facetas resulta un proceso ágil y sencillo, accesible a cualquier ser humano, y por ello en disposición de formar parte de la extensa cohorte de partícipes de la cultura deportiva.

Esta facilidad comunicativa del fenómeno deportivo puede explicar su enorme difusión en todo el planeta, precisamente en un momento en el que el desarrollo tecnológico permite hacer llegar a todas partes el acontecimiento deportivo en el mismo instante en que éste se lleva a cabo. Algunos estudiosos han creído encontrar similitudes comunicativas entre el deporte y otros fenómenos culturales, como la música, la pintura o el teatro. Existen, no obstante, importantes diferencias entre estas expresiones culturales y el deporte. Aunque algunas expresiones musicales (música popular, rock, etc), pictóricas o teatrales hayan llegado a popularizarse, en ningún caso han alcanzado jamás la dimensión del deporte.

No es posible seguir un acontecimiento deportivo sin que se produzca algún tipo de implicación emocional del espectador, pues como mínimo se produce una corriente de simpatía por alguno de los contendientes. Esto provoca que se vivencie el evento deportivo como algo real, con implicación personal, no como algo sugerido, simbólico o construido. El espectáculo deportivo no sugiere un determinado estado de ánimo, sino que desata de facto la pasión emocional del espectador, quién se identifica y vive como propias las victorias, derrotas, tensiones y sentimientos de los propios protagonistas.

Esta peculiaridad comunicativa ha convertido al deporte en una cultura con un gran protagonismo e incluso dominancia en el mundo de hoy, o dicho en palabras de J.M.Cagigal (1981), lo ha convertido en un gigante sociocultural. Merced a este poder comunicativo, el discurso deportivo, cualquiera que sea su expresión o modalidad, rebasa con enorme facilidad las barreras idiomáticas, los Estados nacionales, las creencias religiosas o las mitomanías locales.

Si la cultura configura todo un corpus coherente de valores, pautas de comportamiento y normas, creadas por todos los grupos humanos para asegurar así su cohesión, también puede constatarse que merced a los avances tecnológicos se ha propiciado el conocimiento y relación de muy diversas culturas, que está produciendo un complejo proceso de difusión cultural que en estos momentos configura un diversificado mosaico, no exento así mismo de problemas, ya que se producen por doquier adaptaciones culturales singulares, procesos híbridos de mestizaje cultural que jalonan la entrada en el siglo XXI.

En el marco general de una cultura dominante en el mundo, la que da soporte a la civilización occidental caracterizada por el desarrollo industrial y tecnológico, el avance de mercados internacionales en bienes, servicios y capitales, y una tendencia a una mayor igualdad en la consideración social de los ciudadanos, proliferan multitud de expresiones culturales que, manteniendo e incluso reforzando los principales ejes vertebradores de la cultura dominante, manifiestan sensibles diferencias. Estas variaciones culturales configuran lo que puede denominarse como subculturas, no en tanto que siguen un orden jerárquico por su importancia y dimensión, sino porque implican interpretaciones y diferencias sensibles que conviene tener muy en cuenta.

*“Las subculturas tienen una gran importancia en el mundo actual; estamos ante una sociedad compleja que no tiene una cultura única y uniforme; aunque posee un núcleo común de rasgos, sin embargo está integrada por una gran variedad de subculturas”* (García Ferrando, 1995:92), y todos los indicadores parecen señalar que este proceso de diversificación cultural está en expansión. Pues bien, así ocurre con la cultura deportiva, cuyos rasgos más reveladores y que le otorgan mayor identidad, se han adentrado en todos los universos culturales existentes actualmente en el mundo, pero que adopta, según de que cultura se trate, diferentes formatos.

Se puede considerar que los testimonios más duraderos del deporte como fenómeno social y cultural típicamente contemporáneos, se encuentran en las producciones culturales más universales: los reglamentos de competición y de juego que son idénticos en todos los lugares; los grandes estadios o cualquier otra instalación deportiva que esté convenientemente homologada; los utensilios, aparatos y vestimenta reglamentaria para participar en una competición deportiva federada (balones, raquetas, botas, calzones, etc) o en los documentos gráficos, cinematográficos o videográficos. Todo este material podrá testimoniar en un futuro a cualquier generación de humanos que desconozca el deporte, la existencia y dimensión de este fenómeno; lo que podría denominarse justamente como de **civilización deportiva**.

Por otra parte, en los procesos singulares de adaptación de la cultura deportiva a realidades culturales existentes previamente, se producen procesos muy complejos y controvertidos. En algunos lugares con arraigadas costumbres la aculturación deportiva ha generado y genera situaciones de conflicto, pues los sectores de población dominantes o con mayor fuerza e interés en el seno del grupo social tiende a conservar la tradición amparándose en la fuerza de instituciones sociales (partidos políticos, iglesias, ejército...). En el siglo XIX español existieron fuertes resistencias por parte de

algunos sectores de la prensa, de la política o la misma Iglesia, muy reacios a la nueva moda del sport inglés. En la prensa se publicaban chistes parodiando a los nuevos deportistas o se escribían artículos reivindicando el genuino deporte nacional, la tauromaquia; incluso a los sacerdotes se les prohibió durante varios años montar en bicicleta o jugar al fútbol.

Cuando se producen estas situaciones de cierto enfrentamiento cultural, emergen de todos los frentes discursos y proclamas muy ideologizados. Siguiendo a Habermas (1982) se puede entender como ideología, a aquella parte de los valores de la cultura sobre los que se ejerce un especial énfasis en determinados contextos históricos, por parte de grupos específicos de la sociedad que tratan, explícita o implícitamente, coercitiva o subliminalmente, de instaurar o de mantener determinadas pautas y costumbres sociales, con el fin de conservar la estructura social o bien de modificarla.

La puesta en circulación de ideologías implica una actitud beligerante y conflictiva, siendo en los periodos de crisis e inestabilidad social cuando emergen con mayor intensidad. Como afirma Geertz (1988:201): *“mientras la ciencia es el diagnóstico, la dimensión crítica de la cultura, la ideología, es la dimensión justificativa, apologética, pues se refiere a esa parte de la cultura activamente interesada en establecer y defender estructuras de creencia y de valor”*. La instrumentalización social que de ciertos valores de la cultura deportiva se ha hecho en algunos momentos históricos por determinados grupos, entra de lleno en lo que se podría catalogar como de **ideología deportiva**.

Hasta cierto punto era natural que los primeros prohombres del deporte hicieran apología del mismo, de igual modo, instituciones deportivas como el COI y hasta los mismos Estados, se han encargado sistemáticamente de difundir los atributos del

deporte, que en algunos casos han implicado claramente a los valores deportivos (trabajo, igualdad, progreso o salud), pero en otros han significado la defensa estricta de determinados intereses, como fue durante muchas décadas el caso del amateurismo defendido en la Carta Olímpica. En otros casos se ha tratado de decisiones políticas que han intentado orientar la práctica deportiva hacia determinada dirección, como cuando en 1975 se aprobó en Bruselas la Carta Europea de Deporte para Todos, en la que el acceso a la práctica deportiva fue declarado como un derecho ciudadano y se otorgaba primacía a la participación sobre la competitividad, como así parece ser que discurre la tendencia actual en la mayor parte de los Estados que forman la Unión Europea.

Pero mientras sectores muy determinados de la sociedad o de las organizaciones que configuran el sistema deportivo, hacen prevalecer por diferentes vías distintas versiones de la ideología deportiva, según sean en cada momento sus intereses, la mayoría de la población vive inmersa en su cotidianidad, llevando a cabo sus ejercitaciones físicas predilectas, asistiendo a los espectáculos deportivos de su interés o siguiéndolos a través de los medios de comunicación de masas.

Los practicantes deportivos obtienen con su ejercitación diferentes tipos de beneficios que son explicitados a través de sus intereses, motivaciones y los significados que le otorgan a su práctica. Los deportistas están básicamente interesados en continuar ejerciendo su derecho a realizar su práctica favorita, fuente constante de salud, bienestar o diversión. No prestan excesiva atención a las polémicas y enfrentamientos ideológicos, ni mucho menos a sesudas interpretaciones y ensayos sobre el fenómeno deportivo.

Adquieren y utilizan con profusión la indumentaria deportiva, incorporan a su lenguaje habitual multitud de giros lingüísticos, emblemas y símbolos que les

identifican con el deporte, muchos de ellos son fieles seguidores de las grandes competiciones deportivas, cuyos prolegómenos y desenlace forman parte frecuentemente de sus temas de conversación preferidos, manifiestan especial simpatía y afinidad por determinados grandes deportistas, que a veces tratan de emular, especialmente cuando se trata de niños y jóvenes. En definitiva, a través de su práctica incorporan a su vida cotidiana multitud de aspectos que forman parte de la cultura deportiva, no siendo siempre conscientes de este proceso.

Cuando la población incorpora buena parte de los valores, normas, conductas y símbolos que constituyen la cultura deportiva, haciéndolos suyos para que formen parte de sus hábitos y pautas de conducta cotidianos, incluso cuando esta incorporación se produce de modo inconsciente, se puede considerar que estas pautas y creencias configuran una **mentalidad deportiva**, en un proceder vital que constituye la vida cotidiana de las personas.

Por encima de discursos ideológicos o de loables intereses, parece evidente que la cultura deportiva forma parte sustancial de la mentalidad de los hombres y mujeres de hoy, pues incluso entre los no practicantes se considera al deporte como una práctica eminentemente positiva y saludable. Esto da idea de la fuerza y vigencia social de la cultura deportiva, ya que existen abundantes datos que constatan los graves perjuicios que ocasiona la práctica del deporte de alto nivel competitivo, incluso a niveles de menor exigencia competitiva, ya que la abundancia de accidentes, lesiones y malformaciones no lo hacen precisamente recomendable desde un estricto punto de vista sanitario. Sin embargo, la práctica deportiva en el imaginario colectivo se asocia a un hábito generador de buena salud, como así se constata en todos los estudios conocidos hasta ahora.

Esta realidad social ayuda a explicar, en buena medida, algunas de las aparentes contradicciones que circundan actualmente al deporte. En efecto, de forma mayoritaria la población asocia o conoce como deporte a cualquier tipo de ejercitación física, aunque esta no implique ningún tipo de competición. Caminar, trotar por las calles de la ciudad, efectuar paseos en bicicleta, frecuentar un gimnasio para ejercitarse con las pesas, asistir a sesiones de aeróbic, gimnasia de mantenimiento o bailes de salón, son frecuentemente considerados por sus mismos protagonistas como actos deportivos. Buena parte de los contenidos de la cultura deportiva han calado ya fuertemente en la mayoría de la población, constituyendo así una sólida mentalidad deportiva.

En el sentido más estrictamente etimológico y tradicional, las prácticas no competitivas difícilmente podrían catalogarse como deporte, pero si lo son para la inmensa mayoría de la población, que no entiende de academicismos ni erudiciones, pues lo que le interesa sobre todo es la realidad tangible de su práctica o el seguimiento fiel de sus ídolos deportivos.

Para el sociólogo existen muy pocas concesiones a la duda en este sentido. Si la mayoría de la población designa como deporte a cualquier tipo de ejercitación física, esté o no formalizada como competición, ésta será su referencia esencial para conocer y estudiar el fenómeno.

### **Recuerda que:**

*Cultura y sociedad son dos conceptos que se han creado para tratar de comprender la realidad humana en toda su complejidad. Pueden considerarse como dos caras de una misma moneda o dos perspectivas de una misma realidad, la vida en grupo.*

*Cada ser humano se construye como persona a través de la cultura de una determinada sociedad. Para comprender hasta qué punto se ha producido la adaptación de una persona a la dinámica de una sociedad, se ha creado el concepto de socialización, que engloba tanto a las pautas culturales que conoce y utiliza (enculturación) como a su interiorización, de modo que lleguen a formar parte de su personalidad, de su sistema de creencias y de su estilo de vida.*

*La cultura deportiva puede concebirse como un programa de comportamiento que responde a determinadas estructuras de significación (valores asociados a los actos deportivos), que se transmiten mediante imágenes, símbolos y rituales a través de la familia, la escuela o los medios de comunicación de masas, que ha prevalecido de modo dominante en todo el mundo a lo largo del siglo XX.*

*El deporte se experimenta, se visiona o se siente como algo propio, de ahí que constituya una parte importante de la vida cotidiana de millones de personas. Las actitudes, hábitos y valores deportivos se han difundido entre grandes masas de población, popularizando así valores y pautas de conducta que a comienzos del siglo XX eran restrictivos de la burguesía.*

*La cultura deportiva utiliza un lenguaje icónico. La elaboración de un código propio basado en imágenes provoca que los procesos comunicativos por ella intermediados sea fluida, directa, inmediata y pueda de este modo superar barreras idiomáticas, raciales y políticas. Estas imágenes ostentan una estructura metacomunicativa mediante las cuales todo un cortejo de símbolos (banderas, gestos, himnos, cánticos o sonidos) se muestran y expresan cuando las acciones deportivas funcionan como signos, como el caso de un triunfo.*



## Comentario de texto

El texto que se incluye corresponde a una, columna y apostilla final, de una obra de carácter divulgativo, que trata de testimoniar los acontecimientos sociales más relevantes del siglo XX. Se refiere al binomio deporte-televisión como una combinación que ha sido estrella protagonista en los medios de comunicación, lo que resulta de mayor relevancia por tratarse precisamente de una publicación perteneciente al diario español de mayor tirada.

La enorme capacidad de síntesis que requiere el lenguaje periodístico provoca que el texto incurra en imprecisiones históricas y deducciones con muy poca consistencia científica. Así, ubica al deporte como producto de la segunda fase de la revolución industrial y al mismo tiempo, aparece como algo *inventado* en Gran Bretaña, como si se tratase de un artilugio, o ha consistido en un modo de competición civilizada entre las dos grandes superpotencias bélicas de la segunda mitad del siglo XX.

Pero pone de manifiesto una serie de rasgos sociológicos y antropológicos relevantes como el que se ha convertido *en el mayor espectáculo del mundo* o que ha evidenciado comportarse como una cultura en esencia icónica, puesto que las imágenes de televisión se han convertido en su *gran profeta* y embajador. Deporte y televisión han construido un binomio que ha dado y aun está dando excelentes rendimientos.

El texto finaliza con una profecía que trata de funcionar como prospectiva sociológica, aseverando que el seguimiento televisivo de los acontecimientos deportivos aumentará, si cabe, a lo largo del siglo XXI. Pero, si en efecto, los indicadores sociales y tecnológicos hacen prever mayor disponibilidad de tiempo para ver la televisión, y en su programación, los acontecimientos deportivos seguirán teniendo un protagonismo muy destacado, no hace ni mención a la espectacular fractura social que se está produciendo en el ámbito del deporte que afecta a los usuarios de esa práctica física, como protagonistas de ese hecho social.

Testimoniar la relevancia del deporte como espectáculo de masas por excelencia, aún siendo sociológicamente cierto, resulta impreciso e incluso superficial, pues se limita a mostrar este fenómeno social como un modo contemporáneo de revitalizar la épica caballeresca medieval.

## Cuestiones y ejercicios para la reflexión

- a) ¿Cuáles son los rasgos sociológicamente más relevantes del deporte que lo han convertido a lo largo del siglo XX en un fenómeno cultural de masas?
- b) El deporte como *producto de la segunda fase de la revolución industrial*, el deporte como componente de un nuevo estilo de vida, de un nuevo modo de entender la vida y los pasatiempos o el deporte como un tipo de cultura, estructuralmente específica, dominante en la sociedad contemporánea.
- c) La competición deportiva como sucedáneo de la competitividad social, económica y política existente en la sociedad contemporánea, o acaso se trata de una proyección de lo mismo, o incluso de un valor que conviene reforzar popularmente.
- d) La competición deportiva como teatralización de la guerra fría entre las dos superpotencias del siglo XX.
- e) Deporte y televisión, razones para un matrimonio tan feliz y duradero.
- f) Hasta donde puede ser hoy aceptada la ecuación social *deporte = salud*.

## Bibliografía comentada

**Geertz, C. (1990) *La interpretación de las culturas*. Barcelona, Gedisa.**

Esta obra del antropólogo norteamericano Clifford Geertz es considerada como un clásico de la disciplina, comparable en el ámbito anglosajón a lo que representó en el ámbito latino la *antropología estructural* de Claude Lévi-Strauss.

El término cultura ha sido uno de los más abundantemente abordados mediante aproximaciones descriptivas, explicaciones comprensivas, a través de intentos vanos de definición o mediante reflexiones mejor o peor contextualizadas. Geertz aborda aquí una vía densa e inédita hasta entonces, la cultura como un modo de interpretar el legado humano.

Geertz concibe la cultura como un programa integrado de comportamiento humano que está surcado por un inmenso universo de símbolos que pueden y deben ser

interpretados por el investigador social. Desde esta perspectiva representa mucho más que un libro de antropología, puesto que supone una decidida apuesta por un nuevo enfoque de las ciencias humanas que deben acercarse al estudio de sus problemas desde una nueva sensibilidad científica, utilizando un punto de vista simbólico e interpretativo, a pesar de no verse nunca completado o resueltos definitivamente los problemas, y abandonar las lentes metodológicas legadas por las ciencias naturales.

Toda la primera parte del libro está dedicada a justificar de forma brillante y rigurosa este nuevo enfoque de los estudios antropológicos y de las ciencias sociales en general.

La segunda parte aborda de manera especialmente clara de qué modo la cultura ha ido configurando al hombre, lo ha ido humanizando en su enfrentamiento con el mundo. De qué modo la inteligencia humana ha ido evolucionando a la vez que el desarrollo de las culturas. Mostrando además como los estudios sobre las culturas resultan siempre incompletos, pero aún así, resulta imprescindible abordarlos para lograr entender la conducta humana, lo que para la comprensión de la cultura deportiva es de gran interés.

**Ariño, A. (1997) *Sociología de la cultura*. Barcelona, Ariel.**

Esta obra del profesor Antonio Ariño resulta imprescindible, por su claridad expositiva y adecuada conceptualización, para comprender la función de la cultura en la sociedad compleja actual.

Parte de entender la cultura como un proceso multidimensional en el que ubica de forma precisa la distinción entre su perspectiva humanista, antropológica y sociológica. La visión humanística como erudición cultural está cada vez más en desuso, la perspectiva antropológica abunda en el análisis de las sociedades con estructuras poco complejas. Para sostener el punto de vista sociológico de la cultura se requiere el sostén de su análisis estructural.

Después de revisar el enfoque sociológico de la cultura, su análisis estructural o su vinculación con las ideologías, la política y los sistemas de creencias, aborda en los dos últimos capítulos el estudio de la cultura de masas y el protagonismo en el siglo XX de los medios de comunicación de masas, que supone una interesantísima introducción al

estudio de la cultura deportiva.

Especial interés tiene el cuarto y último capítulo, para comprender la vinculación del deporte como cultura icónica, a los medios de comunicación de masas, la televisión en especial, que funcionan como auténticas industrias de la cultura o de la *pseudocultura*, según Ariño, ya que está dedicado a revisar las teorías de la cultura de masas.

### **Referencias bibliográficas**

Bourdieu, P. (1988) *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus.

Bourdieu, P. (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.

Brohm, J.M. (1982) *Sociología política del deporte*. México, Fondo de Cultura Económica.

Buñuel, A. (1992) *La construcción social del cuerpo: prácticas gimnásticas y nuevos modelos culturales*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid, Departamento de sociología IV.

Cagigal, J.M. (1982) “En torno a la educación por el movimiento”. *Revista Internacional Ciencias Sociales*, nº 92. París, UNESCO.

Callede, J.P. (1987) *L'esprit sportif. Essai sur le développement associatif de la culture sportive*. Bordeaux, Presses Universitaires de Bordeaux.

Comité para el Desarrollo del Deporte (CDDS), (1995) *La función del deporte en la sociedad. Salud, socialización, economía*. Lisboa, Éditions du Conseil de l'Europe.

De Coubertin, P. (1973) *Ideario olímpico. Discursos y ensayos*. Madrid, Instituto Nacional de Educación Física.

Dumazedier, J. (1997) “De la culture sportive”. *Revue EPS*, nº 44. París, diciembre.

Echeverría, J. (1995) *Cosmopolitas domésticos*. Barcelona, Anagrama.

Elias, N. (1987) *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y*

*psicogenéticas*. México, Fondo de Cultura Económica.

Elias, N. y Dunning, E. (1992) *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. México, Fondo de Cultura Económica.

García Ferrando, M. (1997) *Los españoles y el deporte 1980-1995*. Valencia, Tirant Lo Blanch-CSD

García Ferrando, M. (2001) *Los españoles y el deporte: prácticas y comportamientos de la última década del siglo XX*. Madrid, CSD.

Heinemann, K (1999) *Sociología de las organizaciones voluntarias*. Valencia, Tirant lo Blanch-AEISAD.

Lagardera, F. (1990) *Una interpretación de la cultura deportiva en torno a los orígenes del deporte contemporáneo en Cataluña*. Tesis doctoral. Barcelona, Universidad Central de Barcelona.

Lagardera, F. (1992) “De la aristócrata gimnástica al deporte de masas: un siglo de deporte en España”. *Revista Sistema*, nº 222. Madrid, diciembre.

Lagardera, F. (1995) “El sistema deportivo: dinámica y tendencias”. *Revista Española de Educación Física*, nº 64. La Coruña, junio.

Lagardera, F. (1999) “La lógica deportiva y las emociones. Sus implicaciones en la enseñanza”. *Revista Apunts de Educación Física y Deportes*, nº 56. Barcelona, INEFC.

Lipovetsky, G. (1986) *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama.

Olivera, J. (coord.)(1995) “Las actividades físicas de aventura en la naturaleza: análisis sociocultural”. *Dossier de la revista Apunts*, nº 41. Barcelona, julio, INEFC.

Parlebas, P. (1981) *Lexique commenté en science de l'action motrice*. París, INSEP.

Parlebas, P. (1988) *Elementos de sociología del deporte*. Málaga, Unisport.

Pociello, C. (1995) *Cultures sportives*. París, PUF.

Puig, N. y Lagardera, F. (1997) “Teaching Sociology of Emotions in Sport”. *V European Seminar: Sport, Economy and Society*. Leicester University (U.K.)

Pujadas, X. y Santacana, C. (1995) *Història il·lustrada de l'esport català*. Barcelona, Diputació de Barcelona.

Robles, G. (1984) *Las reglas del derecho y las reglas de los juegos*. Palma de Mallorca, Facultad de Derecho de Palma de Mallorca.

Vigarello, G. (1988) *Une histoire culturelle du sport*. París, Laffont.

Weber, M. (1984) *La acción social: ensayos metodológicos*. Barcelona, Península.